

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XXXIV



C. S. I. C.
1994

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XXXIV



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1994

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños	13
Arte	
Puentes sobre el Arroyo Abroñigal, por Pilar Corella Suárez	19
Los Artífices y las Artes en Madrid en 1694, por José Manuel Cruz Valdovinos	47
La Iglesia de las Descalzas Reales de Madrid según un inventario de 1703, por José Luis Barrio Moya	79
Pedro de Ribera y la remodelación del Puente del Retamar por Matilde Verdú Ruiz	95
Lugares de recreo en el Renacimiento Español: la escena paisajística en El Pardo y Aranjuez, por Eduardo Blázquez Mateos	105
El primitivo Convento de San Pascual Bailón y la Purísima Concepción de Nuestra Señora en el Paseo de Recoletos de Madrid, por Concepción Lopezosa Aparicio	121
El Cementerio de la Sacramental de San Nicolás, por Carlos Saguar Quer	143
Jayme Marquet, un arquitecto francés en la Corte de España: nuevos datos sobre la actividad en el Real Sitio de Aranjuez, por Virginia Tovar Martín	167
Jano, dibujante de Madrid, por Luis Armenteros María	207
Geografía	
El Madrid Prehistórico fue un poblado minero, por José María Sanz García	223
Apunte geográfico-económico de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el 1752, por Fernando Jiménez de Gregorio	241

	<u>Págs.</u>
Historia	
Hitos de la Historia de Madrid, por Ramón Ezquerro Abadía ...	271
El Concejo de Madrid y el Real de Manzanares: un modelo de conflicto territorial en la Castilla de los Reyes Católicos, por María del Carmen Cayetano Martín	279
Las prioras del Monasterio de Santo Domingo el Real de Madrid durante la Edad Media, por Manuel Montero Vallejo	293
El Colegio Imperial, fundador de una Cátedra en Arganda, por José Barros Campos	319
Problemas que plantea el asentamiento nobiliario de la Corte (ocupación, distribución y parcelación del suelo), por África Martínez Medina	337
Leonor Mascareñas, Aya de Felipe II y fundadora del Convento de los Ángeles de Madrid, por Gregorio de Andrés Mar- tínez	355
Información sumaria del proceso de don Antonio de Beaufort, por José Antonio Martínez Bara	369
El solar del Banco de España, por José del Corral	407
Estatuto del tribunal de Corte (1752), por María Pilar Domínguez Salgado	415
Madriños en América en el siglo XVIII (2.ª parte), por José Valverde Madrid	427
Notas sobre la prostitución en Madrid a comienzos del si- glo XVII, por Enrique Villalba Pérez	505
Festejos populares y manifestaciones patrióticas celebradas en Madrid con motivo de la Guerra de África (1859-1860), por Miguel Ángel López Rinconada	521
El Ayuntamiento de Madrid a finales del reinado de Fernando VII, por Pablo Baena Pinedo y Manuel Martínez Neira	543
Un jesuita madrileño en Corea, por Valentín Dorado Dell- mans, S. J.	565
Noticias que ahora cumplen centenario, por J. del C.	569
Literatura	
Alejandro Dumas, huésped de Madrid, por Luis López Jiménez ..	583
Héctor Florencio Varela en Madrid (1881-1885) aportación a la historia del americanismo en España, por Isabel Hernández Prieto	603

	<u>Págs.</u>
El dilema colonial en la prensa anarquista madrileña, por Rafael Núñez Florencio	621
Algunos datos para la biografía de Gregorio Martínez Sierra, por José Montero Padilla	643
Dos actos de confraternidad entre intelectuales madrileños y catalanes, por Ramón Ezquerro Abadía	657

ALEJANDRO DUMAS HUÉSPED DE MADRID

Por LUIS LÓPEZ JIMÉNEZ

Para mi colega Santos Sanz Villanueva,
que me editó y me recuerda
siempre como amigo.

Padre e hijo estuvieron en Madrid, cuando el uno tenía 42 años y el otro 22. Fue con motivo de los desposorios del Duque de Montpensier de 22 años¹, con María Luisa Fernanda de Borbón, de catorce. Al no poderle casar su padre Luis Felipe de Francia con la reina, por oponerse Gran Bretaña, casó con aquélla, el mismo día que Isabel II, su hermana, tomaba por marido a su primo Francisco de Asís, más conocido por Paquita, de voz aflautada, y otras cosas, ambos se odiaban cordialmente, para que la una tuviera que consolarse y el otro buscar otros malos entretenimientos, hasta que se separaron sin haber cumplido la reina los 17 años². Transcurría el año 1846.

Montpensier invitó a su boda a Dumas padre. Lo cual se originó después de ser proyectado por el conde de Salvandy, ministro de Instrucción Pública, un viaje de Dumas a Argelia, a raíz de la buena impresión causada por el país africano al ministro. Pensó que valía la pena ser mejor conocido y trató el asunto con su acompañante el escritor Marnier³, quien le aconsejó proponerle a Dumas el viaje y la crónica, con lo que la popularidad estaba asegurada.

¹ El Duque de Montpensier se distinguió en las campañas de Argelia, donde ascendió a mariscal de campo, el mismo año de sus desposorios. Cuando la revolución francesa de 1848 se refugió en España, donde se le nombró capitán general e infante real. Mal pago dio a la reina, pues conspiró contra ella en 1868, siendo desterrado a Portugal. Colaboró en el destronamiento y presentó su candidatura al trono, cuyas posibilidades de obtenerlo fracasaron al matar en duelo a un hermano de Francisco de Asís, su cuñado (1870). Pero contribuyó al advenimiento de Alfonso XII, que casó con su prima María de las Mercedes, el gran amor del rey, hija de Montpensier y María Luisa.

² La Biblioteca Nacional de Madrid, tiene la bella estatua de ambos, después de acceder a ella por su gran escalera. No obstante, su hijo, Alfonso XII fue de una virilidad aguerrida, que poco demostraba ser hijo de Francisco de Asís.

³ Marnier, aunque según Dumas, tuvo trato con el ministro, hoy es un desconocido autor.

La conversación de Dumas con el Ministro no tiene desperdicio. Salvandy le ofreció 10.000 francos para el viaje, suma para la época muy respetable. Pero el escritor, entonces ya famoso y con grandes ingresos, no pudo reprimir su petulancia:

—Añadiré 40.000 francos más y llevaré a cabo lo que me pide, pasando por España.

Ante la extrañeza del ministro por la suma que pensaba llevar consigo, Dumas le informó que quería invitar a su hijo Alejandro⁴, a su colaborador Auguste Maquet⁵ y al pintor Louis Boulanger⁶, amén de un criado filipino. Algunas dificultades por parte del ministro surgieron cuando la imaginación de Dumas, en la literatura y en la vida, le pidió como condición indispensable, que pusiera a su disposición en Cádiz un buque de guerra, para poder recorrer como un príncipe las costas de Argelia. Al fin, aceptó el ministro y le preguntó que cuándo saldría de París. Y sin pestañear le respondió:

—Como debo terminar aún dos o tres novelas: unos quince días.

El propio duque de Montpensier amenizó aún más el viaje con su invitación de boda, que se celebraría el 10 de octubre de 1846. Además le ofreció 12.000 francos que con 3.000 por parte del ministro del Interior y otro tanto del de Instrucción pública, sumaban 18.000 lo que le pareció al orondo Dumas:

—¡Estupendo! ¡Con esa cantidad pagaré a mis guías!'

* * *

Emprendido el viaje, el 5 de octubre de 1846, están en Bayona, donde comienza su relato en forma de cartas dirigidas a una señora. Llegan a Madrid,

⁴ Alexandre Dumas (1824-1895), hijo natural del autor dramático de importancia en el Romanticismo y novelista del mismo nombre cuyas novelas tienen como una de sus características más acusadas la trepidante acción. Dumas, hijo, tuvo tanto éxito con su novela *La Dama de las Camelias*, publicada a los veinticuatro años, que la adaptó para la escena en 1852, también con éxito, lo que contribuyó a dedicarse desde entonces al teatro.

⁵ Auguste Maquet (1813-1888), colaborador de Alexandre Dumas padre (1803-1870), en muchas novelas, como la famosa de *Los tres mosqueteros*. Se separó de Dumas en 1851, por intereses, y siguió escribiendo, pero su nombre sólo se conserva unido al anterior.

⁶ Louis Boulanger (1806-1867), pintor francés, tomó sus temas pictóricos de Hugo, fue amigo de él, de Balzac y de los Dumas. Se le debe el friso de la sala de los Estados generales en Versalles.

⁷ Maurois, A., *Les trois Dumas*, Hachette, 1957, págs. 200-205.

pasando por Vitoria y Burgos, el 9 de ese mes. La proximidad de Madrid, se anuncia:

«A medida que avanzábamos, veíamos equivocados por un efecto óptico, venir hacia nosotros las cimas azuladas de Somosierra.» (página 46)⁸

Y al fin, la ciudad:

«Aquella mañana, al despertarnos, vimos en el horizonte de un vasto desierto algunos puntos blancos, destacándose sobre una bruma violeta: era Madrid.» (pág. 46)

Sigue a continuación recordándonos la antigua denominación en plural, de nuestro país:

«Una hora después entrábamos en la capital de las Españas por la puerta de Alcalá, la más hermosa de sus puertas.» (pág. 46)

Muy fácilmente, a causa de las bodas reales, buscaron sin éxito habitación en algún hotel, casa amueblada o casa de huéspedes, que Dumas, muy hispanizante como veremos, llama con el antiguo nombre de pupilos⁹.

España, por otra parte, estaba tranquila en contra de las malas noticias de que vivíamos en plena revolución¹⁰. Durante el viaje a Madrid no encontró ni la más pequeña guerrilla (en francés, desde 1820, «guérilla*», como escribe Dumas), o el más pequeño ladrón* o ratero*.

Estando ante la incertidumbre de cómo encontrar acomodo, Dumas levantó la cabeza y vio:

«*Monnier, librero francés*. Lancé un grito de alegría; era imposible que un compatriota nos negara la hospitalidad en su casa, o no nos ayudara cuanto estuviera a su alcance para encontrarla en otro sitio.» (pág. 47)

Dumas debió pensar que el librero habitaría la casa, pues la librería estaba cerrada; entró en el primer portal, que tenía por enseña:

⁸ La paginación es de Alexandre Dumas, *De París a Cádiz*, París, Editions François Bourin, 1989.

⁹ Todas las palabras seguidas de un asterisco están en español en el original.

¹⁰ El fin de la guerra Carlista se produjo en 1840, inmediatamente después tuvo lugar una revolución. «El país está cansado de revueltas, aborrece la revolución, ha sufrido duros desengaños...» (J. L. Comellas, *Historia general de España y América. La España Liberal y Romántica*, T. XIV, Madrid, Ediciones Rialp, S.A., pág. 514).

«*Casa* de Baños**. Era un milagro de la buena suerte. De lo que más teníamos necesidad, después de una casa amueblada, era de una *casa* de baños**.» (pág. 47)

Franquea la puerta. Sigue un pasillo. Y desemboca en un patio, donde unas mujeres y cinco gatos se calientan al brasero*. Pregunta por el librero, y el mismo aparece en una ventana del entresuelo, diciéndole: —«¿Qué hay?»— con el aspecto más acogedor:

«Hay, mi querido señor Monnier —suponemos que lo diría en francés— que estoy, yo y mis compañeros, a la búsqueda de un alojamiento; que lo buscamos desde las dos de la mañana —¿será creíble?—, y que si usted no nos aloja, estaremos obligados a comprar una tienda de campaña de ocasión a algún general carlista en retirada —su imaginación siempre en ebullición—, y de acampar en la plaza* de Alcalá.» (pág. 48).

Hay que pensar que Dumas tenía presente la primera guerra civil carlista, desarrollada entre 1835 y 1840; la segunda comenzó en 1846, después de abandonar Dumas España.

Dumas, siempre pavoneándose, piensa que trataba de reconocerle Monnier, termina por decirle, lo que nos hubiera privado del párrafo anterior, que su nombre, estaba sobre su puerta:

«—¿Cómo os llamais, pues? —Alejandro Dumas.

El señor Monnier lanzó un grito, se dio un golpe con la parte alta de la ventana [...]

—¿Cómo! ¿Alexandro Dumas, el nuestro? ¿nuestro Alexandre Dumas? —exclamó.

—Sin duda, no conozco más que uno —olvidaba al hijo—, y que no solamente está a vuestra disposición, sino es enteramente suyo.» (pág. 48)

En fin, Monnier, añade que la casa está a su disposición:

«—Perdón, señor Monnier, es que no estoy solo. —¡Ah! tenéis... —A mi hijo. —¡Pues bien! Cuando hay sitio para uno, hay también para dos. —Es que somos más de dos. —¡Ah! tenéis también un amigo. Afirmé con la cabeza. —¡Diablo! —dijo el señor Monnier rascándose la oreja—. ¡Pues bien! Trataremos de encontrar sitio para su amigo. Entonces, ¿sois cuatro? —Y un sirviente. El señor Monnier se desplomó sobre una silla.» (pág. 48)

Es una escena cómica, seguramente trastocando algo la realidad, de la que Dumas conocía el efecto de ir poco a poco revelando la verdad, para terminar con un escueto, y definitivo, «y un sirviente». En caso contrario, el señor Monnier, vería que le estaba tomando el pelo.

Tenía en esos momentos una habitación muy pequeña donde dormían dos franceses, los pintores Blanchard¹¹ y Girardet¹². Al lado había una inmensa habitación, que les servía de estudio. Reservaron los pintores un tercio de ella, y los otros dos tercios para los viajeros, no sin antes haberles deseado la bienvenida a Dumas y a su séquito.

Aquellos que estaban en el patio, merecen una descripción del novelista, en la tradición de la España negra:

«Aquellos habitantes graves y silenciosos, que nos miraban pasar con la misma inmovilidad de un cortejo de sombras, esas mujeres hermosas bajo sus andrajos, esos hombres orgullosos con sus harapos, esos niños vestidos ya con esos jirones desprendidos de la capa paterna, todo nos indicaba no sólo otro pueblo, sino aún otro siglo.» (pág. 51)

El viaje de Davillier y Doré, realizado en 1862 aún conserva tipos así¹³.

El pintor Boulanger, que admiraba esos seres, desde Bayona, encontró modelos que posaban gratis. Parece ser que hizo doblemente economías, de tiempo y de dinero, lo que le pareció perfecto. Debía ser un buen tacaño.

Según Dumas, excepto en las grandes casas no existían en Madrid cocineros ni cocineras. Comían a base de dos o tres platos, calientes o fríos, y cuatro tazas de chocolate, puesto que los españoles lo tomábamos en dedos, parece ser. Para la cena, el señor Monnier les había indicado un restaurador italiano, llamado Lardi¹⁴. España, no obstante, era tierra de buenos productos gastronómicos:

«...si no se come bien en España, o si se come mal, es porque sin duda no se quiere comer bien. La tierra, esta madre fecunda casi en todos los sitios, es pródiga en España; las más hermosas legumbres

¹¹ Blanchard acaso pudo ser el autor del *Nouveau Manuel complet du coloriste*. Nació a fines del XVIII.

¹² Girardet acaso se refiera al pintor suizo (1819-1880), autor de «Les galeries historiques de Versailles».

¹³ Pueden observarse en nuestro trabajo «El Madrid isabelino de Davillier y Doré» (Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1993); mucho mejor directamente en Davillier, *L'Espagne* (Hachette, 1947) o Davillier, *Viaje por España* (Madrid, Castilla, 1949), ambas de difícil acceso.

¹⁴ Lhardy nació en Francia, pero sus padres eran suizos, de aquí que algunos le den esta última nacionalidad. Puede consultarse José Altabella, *Lhardy panorama histórico de un restaurante romántico. 1839-1978*, 2.ª ed., Madrid, 1985.

crecen sin tener cuidado de ellas, los frutos más sabrosos maduran sin cultivarlos. En todo tiempo, se agacha uno y coge fresas, perdidas entre violetas en flor, y durante seis meses, nada más que alzándose sobre la punta de los pies, se alcanzan o bien naranjas doradas que balancean por encima de la cabeza de los pasajeros su mundo perfumado, o bien granadas que se abren como un corazón demasiado pleno hace llover sobre la frente del viajero un granizo de rubíes. Además para los cazadores, España es la tierra prometida.» (pág. 60)

Bonitas metáforas el «corazón pleno» y «granizo de rubíes».

Lo que no le convence es que en vez de servir la perdiz a la tártara¹⁵ o bien guisada, se sirve «con esta abominable salsa de vinagre» (pág. 61).

En Madrid, coincidió con un Talleyrand¹⁶, agregado a la embajada de Francia. Y con Theophile Gautier¹⁷, «que ha pretendido conocer España mejor que los españoles» (pág. 64).

La imaginación de Dumas, cuando observa la multitud, le obliga a decir:

«Rubens¹⁸ ese pintor de nombre y corazón debió ser muy feliz cuando enviado a España como embajador vio flamear a sus ojos ese magnífico arco iris que forma la población abigarrada de Madrid. Allí cada vestido parece una paleta cargada de los tonos más atrevidos, que se alían sin jamás rechazarse. Si se pudiera ver las calles de Madrid planeando a vuelo de pájaro, a un cuarto de legua por encima de ellas, se les tomaría, estoy seguro, por un inmenso parterre todo estrellado de flores.» (pág. 69-70)

Rubens no es sólo pintor, sino para Dumas en metáfora es pintor de afectividad y sensibilidad —corazón—. Allí vio por metonimia el arco iris en su retina el conjunto de sus habitantes, como también metonímicamente la paleta de colores en pugna y sin rechazarse; desemboca al fin en la metáfora del «parterre todo estrellado de flores»: es una vista animadísima, clara, de Madrid.

Los tablados, tan abundantes debían de ser, que muchas veces estaban vacíos porque las compañías tenían que ir de un sitio a otro. El color sale espontáneo en Dumas:

¹⁵ Perdiz a la tártara, se supone que es carne cruda y triturada, con varios ingredientes.

¹⁶ Talleyrand, sería un descendiente del personaje histórico que murió en 1838.

¹⁷ Theophile Gautier (1811-1872), escribió sus versos célebres *Emaux et camées*. España le debe entre otras cosas, su *Viaje* (1840) a nuestro país, sus versos *España* (1845) y alguna novela.

¹⁸ Rubens (1577-1640), pintor flamenco, influido por Tiziano, Miguel Angel, Rafael y Tintoretto. Consejero personal de Isabel Clara Eugenia. Vino a España como embajador.

«Como no hay bastantes bailarines para llenar todos los tablados a la vez, cuando un grupo ha realizado en una calle o sobre una plaza el número de cuadros que debe ejecutar, se pone en camino, con la música a la cabeza, para ir a buscar un nuevo teatro y otros espectadores. Entonces, a lo largo de su camino, las calles se pueblan de cabezas de mujeres con la espalda desnuda, con los cabellos lisos y brillantes como alas de cuervo; sobre estos cabellos, de un negro azulado, se abre ardiente alguna rosa púrpura, alguna camelia color cereza o algún clavel carmesí. Una mantilla* cubre todo sin ocultar nada; después los abanicos van con su pequeño ruido irritante, abriéndose y cerrándose sin cesar, y se despliegan con una increíble habilidad y una coquetería¹⁹ adorable.» (pág. 70)

El «ruido irritante» de los abanicos y la «coquetería* adorable» viene a ser como provocación que se desliza hacia una atracción irresistible.

Los teatros pronto se ocupaban con combates de moros, turbantes y cimitarras, y caballeros de faldones azules, ajustados al cuerpo, como representando mejor o peor la toma de Granada. Todo ello con música de tambores y trompetas, viva y bárbara. En algunos estrados había chinos con sus sombreros en forma de pagoda, ojos rasgados, largos bigotes y el traje lleno de cascabeles. A Dumas le parecen un poco anticuados.

* * *

La ceremonia del casamiento real no le lleva a Dumas mucho espacio, comparada con los toros:

«carrozas... pasaban con gran estruendo, enganchadas a caballos o mulas engalanadas, cuando llegamos a la iglesia de Atocha, donde se celebran de ordinario las bodas de los infantes e infantas de España. Jamás, creo, tanta gente se ha reducido a un tan pequeño espacio y tanto oro no ha sido expuesto sobre los trajes de corte.

En medio de este lujo que recordaba los antiguos poseedores de las Indias y Perú, nuestros dos jóvenes príncipes se manifestaban por una simplicidad militar. Ambos llevaban el uniforme de mariscales de campo: calzón blanco, botas de montar, gran cordón rojo en forma de aspa, y el Toisón de Oro al cuello. El de Su Alteza el duque de Montpensier era de diamantes. La reina estaba encantadora de gracia, la infanta resplandeciente de belleza.» (pág. 70-71)

¹⁹ La «coquetería» fue galicismo en español desde 1843 (coqueterie).

El Patriarca de las Indias bendijo la unión de los cuatro. Una vez fuera, su criado Agua de Benjui, con su traje de Says, era la admiración mientras iban a casa* de Monnier para prepararse; a las dos y media estaba anunciada la corrida.

Llegan a la puerta de Alcalá con el tiempo justo, donde se encontraba entonces la plaza de toros. Ya no pueden visitar, lo que Dumas lamenta, la capilla donde se dice la misa por el torero muerto; la farmacia con sus dos médicos, la sacristía con su sacerdote. Acababan de oír la música que anuncia que el alguacil* ha lanzado al muchacho la llave del toril*.

El sol, único en España para Dumas, y tantos autores; el rumor de una plaza de toros es un ruido especial (nunca como un estadio de fútbol actual, que no sabe de silencio):

«Quien no ha visto esta flambeante España no sabe lo que es el sol; quien no ha visto el rumor de una plaza de toros no sabe lo que es el ruido.» (pág. 75)

A la izquierda del toro que iba a salir, estaban los tres picadores:

«El resto de la cuadrilla*, es decir, los chulos*, los banderilleros* y el torero*, estaban a la derecha, dispersos por el ruedo, como peones en batalla sobre el tablero del ajedrez.» (pág. 76)

Curiosidad, los chulos que han cambiado el nombre desde hace tiempo por peones, tienen una capa verde, azul o amarilla. El número de toreros no es fijo; en aquella corrida eran tres: Cúchares²⁰, Lucas Blanco²¹ y el Salamanquino²². Cúchares es el más famoso. Y es el momento de referirse a los trajes de torero, en todo su esplendor; describe la coleta, que llama moño*.

Llama a la barrera el olivo*, pintada de rojo la parte superior, el estribo blanco y la parte superior de negro. La expresión que nos dice es tomar el olivo*, cosa que el torero por pudor no hace. Nos habla después, según su nombre del cachetero*, hoy más bien el puntillero.

Los toros saltadores de la barrera, traen a la mente a Dumas el grabado de Goya en que está cogido por el toro el alcalde de Torrejón —el texto dice con error Terrason— (véase lámina).

²⁰ Cúchares, torero madrileño, nació en 1818, murió del vómito negro en 1868.

²¹ Lucas Blanco: su toreo era vehemente, rústico, valor violento.

²² Julián Casas (1815-1882), el Salamanquino, apodo usado por varios toreros, de familia acomodada, empezó cirugía. Ante Alfonso XII y Mercedes de Orléans toreó con más de 60 años, al matar se pidió retirar al toro, para que el torero no sufriera daño en vista de sus disminuidas facultades.

Precisa la situación de la música, encima del toril. La divisa era un buen regalo para las amantes —dice Dumas— de picadores* y chulos*. En tanto, durante la lidia de un toro magnífico de Osuna y de Veragua:

«Me volví hacia mis compañeros. Boulanger —el pintor— había soportado bastante bien el espectáculo, pero Alexandro —su hijo— estaba muy pálido, y Maquet —el colaborador— enjugaba la frente cubierta de sudor.» (pág. 80)

Como era propio de los tiempos, el peto aún no se había impuesto, por lo que Dumas ve la agonía del caballo, mientras el toro se ceba en el caballo, que arrastra al picador y la gente exclama: «¡Bravo²³ toro*! ¡Bravo toro*!, que Dumas transcribe tal cual.

Sus compañeros estaban: pálido Boulanger, Alexandro verde, y Maquet fundía literalmente en sudor. El se encontraba tan fuertemente emocionado que no experimentaba el disgusto que le habían vaticinado.

Después, Lucas Blanco que llevaba una capa azul celeste, se puso frente al toro, que embistió. Produciéndose algo actualmente perdido hoy: Lucas colocó la punta del pie en la testuz y saltó por encima de la cabeza: «¡Bravo, Lucas! gritaron veinte mil voces. ¡Viva* Lucas! ¡viva!* ¡viva!*». Mientras los hombres le arrojaban sombreros* y petacas*, y las mujeres ramos de flores y abanicos.

Un ramo de flores hace caer al diestro, el toro va hacia él pero se encuentra frente a otro picador* que le detiene el paso.

Da por tercera vez el estado de salud de sus acompañantes:

«Maquet estaba casi desvanecido, Alejandro no valía mucho más y pedía un vaso de agua. Se le llevó. Bebió algunas gotas, y devolviéndole en sus tres cuartas partes lleno, dijo: “Llevan eso al Manzanares, el líquido le hará placer”.» (pág. 84)

Nuestro querido Dumas cuenta la anécdota como propia de su hijo. Perdónenos pero creemos que es del ingenio del padre²⁴.

La reina madre, que era muy conocida en París, llegó por su afición a los toros. Cúchares, el Salmanquino y Lucas Blanco hicieron ante el toril* su

²³ «Bravo», aunque es palabra española o italiana, en el siglo XVIII se tomó de éste la acepción adjetival «bueno».

²⁴ Davillier en su viaje a España, se equivoca porque se lo hace decir a un amigo de Dumas cuando es su propio hijo Alejandro. En error, de ¿imprensa? o del subconsciente, caí al atribuírselo al «torero» Alejandro en mi trabajo *El Madrid isabelino de Davillier y Doré*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1993, pág. 11.

cuadrilla*, excepto el cachetero*; los toreros* marchaban los primeros. Ante la reina, pusieron rodilla en tierra. La reina aceptó el homenaje.

Los banderilleros efectuaron su suerte, mientras que del interior de las banderillas* por la parte más abultada salían hasta cinco o seis pajarillos, jilgueros, pardillos, canarios. Algunos caían aturdidos en la arena y alguien se arriesgaba a recogerlos. Esta modalidad hace tiempo que desapareció.

«Un segundo banderillero* apareció. A su vista, el toro pareció calmarse inmediatamente, pero se calmaba para asegurar su venganza. Sin duda reconoció en las manos del recién llegado los instrumentos de dolor que sacudía a sus lomos, pues él le embistió sin que nada pudiera apartarle ni detenerle. El banderillero le esperó con sus flechas en la mano. Pero una sola quedó plantada en el dorso del animal. Al mismo tiempo un ligero grito se dejó oír: la manga rosa del banderillero se tiñó de púrpura, la mano se cubrió de sangre, cada uno de sus dedos goteó. El cuerno acababa de atravesarle la parte alta del brazo.

Ganó la barrera, sin permitir que nadie le sostuviera; pero, en el momento en que se aprestaba a franquearla, se desvaneció.» (pág. 87)

La lidia continúa. Turno del torero. Era Cúchares. De unos 36 a 40 años, de estatura corriente, delgado, frágil de piel y moreno. Se prefiere a Montes²⁵ o al Chiclanero²⁶, más hábiles, pero es un valiente. Cierta día Montes, que había estado peor que él, no se le ocurrió para reconquistar los bravos, que ponerse de rodillas delante de la fiera. El toro se fue hacia un chulo*, afortunadamente.

Llegada la hora de matar, el torero pide permiso a la reina:

«Cúchares atravesó toda la plaza, fue a poner una rodilla en tierra delante del palco real y, elevando su montera con la mano derecha, pidió a la augusta espectadora el permiso de matar el toro. El permiso le fue concedido con una señal y una sonrisa.» (pág. 88)

Entonces lanza lejos su montera. La faena se desarrolla lógicamente ante el palco real. Cúchares espera el toro con la muleta en una mano y la espada en la otra.

²⁵ Montes (1805-1851), apodado *Paquiro*, tomó la alternativa, dio el salto de garrocha, suerte poco vista que entusiasmó al público, gozó de preeminencia entre los mejores, después de una cogida se retiró y murió al poco tiempo.

²⁶ José Redondo y Domínguez, nació en Chiclana, torero vanidoso, toreó bastante en la corte triunfando por esta época, hasta 1853, en que la salud le retiró.

Los datos biográficos de los toreros están tomados de J. M.^a de Cossío, *Los toros*, 8.^a ed., Espasa-Calpe, 1982, t. III.

«El hombre y el animal se encontraron frente a frente. El hombre con su pequeña espada delgada, larga y afilada como una aguja. El animal con su fuerza inconmensurable, sus cuernos terribles, sus patas más rápidas que las del más rápido caballo. El hombre era bien poca cosa, en verdad, frente a un tal monstruo. Solamente el rayo de la inteligencia se desprendía (pág. 88) de la mirada del hombre mientras que el fuego de la ferocidad brillaba sólo en la mirada del toro. Era evidente que toda la ventaja era para el hombre, y que, en esta lucha sin igual sin embargo, era el fuerte quien debería sucumbir, era el débil quien debía vencer.

»Cúchares hizo flotar la muleta * a los ojos del toro. El toro embistió. Cúchares giró el talón. El cuerno izquierdo del animal afloró el pecho. Era un pase magnífico; toda la plaza estalló en aplausos. Estos aplausos parecieron irritar al toro; volvió sobre Cúchares: esta vez, éste le esperaba con la espada en la mano.

»El choque fue terrible; se vio la espada doblarse como un arco, después volar por el aire. La punta había tocado el hueso del morrillo; la espada había hecho muelle y, con silbido ininterrumpido, había escapado de la mano del torero. Estuvo a punto de ser abucheado Cúchares, cuando una nueva vuelta no menos hábil que la primera le libró de su enemigo.» (pág. 89)

Diez veces el toro embistió sobre él, con ayuda de la muleta, pasando tanto a su derecha, como a su izquierda, aflorándole cada vez, no tocándole jamás.

«En fin, Cúchares, aplausos por doquier, recogió una espada, la enjugó tranquilamente, y se puso en guardia. Esta vez la fina lámina desapareció, en toda su longitud, entre las dos paletillas del animal. El animal se paró tembloroso sobre sus cuatro pies; se sentía que si no el hierro, al menos el frío del hierro había penetrado hasta su corazón. La empuñadura sólo aparecía encima de la nuca».

«Cúchares no se inquietó más del toro, y fue a saludar a la reina...

»...el toro cayó sobre sus dos rodillas, lanzó un mugido lastimero, descendió la parte de atrás como había bajado la delantera y se tendió (pág. 89), con la cabeza sola levantada aún...

»El rayo no hubiera estado más rápido. La cabeza cayó sin un solo temblor: el animal expiró sin una sola queja. Inmediatamente la música tocó tras la muerte del toro.»

[...]

«Las mulillas desaparecían entre magníficos aparejos * completamente resplandecientes de lazos de seda, completamente rutilantes de cascabeles.» (pág. 90)

Era el turno de Lucas Blanco. El que no haya entreactos, es una gran cualidad de este «maravilloso espectáculo»,

«la muerte misma de un hombre no es más que un accidente ordinario que no interrumpe el espectáculo.» (pág. 90)

El toro era malo. Aunque es picado y banderillado, su mansedumbre interrumpió la lida.

«Entonces él gritó: ¡perros!*, resonó.» (pág. 91)

Cuando un toro es manso, se pide perros o fuegos. Sabido es que hoy sólo las banderillas de fuego se imponen y sigue la lidia actual. La reina debió dar su permiso. Los perros, que venían de la Edad Media fueron prohibidos en 1858 (Barcelona, en 1860). Goya ilustró también esta suerte en *La Tauromaquia* (véase lámina).

«La puerta se abrió. Un hombre, teniendo un perro en sus brazos, salió; le siguió un segundo, y luego un tercero. En fin, seis hombres entraron, cada uno armado con un terrible perro. A la vista del toro, los seis dogos estallaron en ladridos; los ojos se les salían (pág. 91) de las órbitas, sus bocas llegaban hasta las orejas; hubieran devorado a sus amos si no los hubiesen soltado [...] un perro fue lanzado por el toro desde la arena a los espectadores; otro, lanzado perpendicularmente, cayó sobre la barrera, y se desriñonó. Los otros fueron pisoteados por el toro, pero se levantaron. Dos le cogieron por las orejas; otro, era el más pequeño, le tenía mordido por el morro; el cuarto le rodeaba.

»De repente, vencido por un horrible dolor, el toro lanzó un mugido terrible y se puso a tratar de huir de este dolor que le seguía creciente, pues los tres perros no habían soltado la presa, no menos que el cuarto y esas excrescencias extrañas parecían formar con él una figura. Dos veces, hizo así la vuelta al ruedo, después trató de hacer movimientos de derecha a izquierda, coceó (pág. 92), rodó, saltó; todo fue inútil: las inflexibles mandíbulas quedaron apretadas, y el toro se paró, vencido, con la cabeza baja, y la parte delantera del cuerpo inclinado bajo las dos rodillas.» (pág. 93)

Mientras se gritaba «¡Bravo perros*!», uno de los chulos* avanzó con una espada, pues un toro entregado a los perros no es digno de un matador ni de morir dignamente por el morrillo. El chulo* le metió tres veces la espada por el flanco, la última le llegó al corazón y cayó. Los amos de los perros debieron soltarle de él. Para ello no hay más que morderles la cola.

El bueno de Dumas cuenta que gracias a ese conocimiento, en la calle Santa Ana²⁷, el perro de una marquesa fue atacado por un dogo, le pasa el pañuelo por la cola y mordió. El milagro se hizo y casi es llevado en triunfo.

Para Dumas, Madrid es la ciudad de los milagros, por su esplendor cuando escribe el 14 de octubre por la noche de 1846.

«Yo no sé si Madrid tiene siempre parecidas iluminaciones, semejantes danzas, mujeres extraordinarias, pero lo que sé, es que tengo terribles deseos, ahora que, gracias a las precauciones tomadas, mi existencia material está asegurada, de hacerme naturalizar español y de elegir por domicilio Madrid.» (pág. 95)

Según Dumas, hay que ver el Prado iluminado para saber lo que es una iluminación; bajo esas iluminaciones quien no ha visto las veinte mujeres encantadoras cuyo nombre podría decir, no sabe lo que es una reunión de hadas; quien no ha entrado en el teatro del Circo y no ha visto a Grey Stephen danzar el «jaleo*», no sabe lo que es la danza. Quien no ha visto torear a Romero no sabe lo que es el valor.

Por la larga avenida del Prado, parecida a los Campos Elyseos, sólo llamas surgían de los colores y tomaban cualquier forma:

«catedrales, flores, castillos góticos, palacios moros, guirlandas, estrellas, soles: se diría que nuestro sistema planetario se había agrupado completo para dar una fiesta a nuestro pobre globo. No he visto nada igual, excepto la fiesta de la Luminaria de Pisa. No sé si alguien me ha dicho que esas iluminaciones costaban cien mil francos por día: no me extrañaría nada.» (pág. 95)

Los artistas tienen una especie de pacto tácito, de forma que cuando uno se anuncia en un teatro donde actúa otro, inmediatamente esa actuación se convierte en homenaje al recién venido. Por ello cuando llegó al teatro del Circo, hizo decir a Guy Stephen, francesa de nacimiento, que Dumas estaba allí:

«Vd. cree conocer las danzas españolas, señora; los espectadores del teatro del Circo creen, como Vd., y con algunos derechos más aún, acaso, conocerlas también. Pues bien, señora, Vd. se equivoca. Pues bien, señora, ellos se equivocaban. A los primeros compases, a los primeros pasos de la artista queridísima, un silencio profundo se hizo

²⁷ La calle Santa Ana aún recibe su nombre tradicional: va de la calle de la Ruda a la del Bastero, que hace esquina con la de Toledo. Santa Ana fue patrona de Madrid y se la atribuía algún milagro.

en la sala. Era evidentemente el silencio de la extrañeza. Jamás, madame Stephen, había atacado si osadamente esta admirable danza donde todo es reunido, altivez y languidez, desdén y amor, deseo y voluptuosidad; un temblor universal sucedió a ese silencio, después toda la sala estalló en bravos.» (pág. 97)

Tres veces se hizo recomenzar el jaleo*, con el mismo triunfo, bravos de entusiasmo y aplausos hasta el frenesí. Dumas piensa que de una sola vez había dado a Madrid la hospitalidad que recibió.

De vuelta a la casa de Monnier, se entera que Osuna le invita a comer al día siguiente con su caballero* rejoneador* (Dumas escribe «rejonador»). En las corridas reales, por el nacimiento de un infante o por los casamientos las corridas son toreadas por gentileshombres pobres; los que sobreviven a la corrida a pesar de su inferioridad e ignorancia, ganan el puesto de escudero, con lo que perciben un buen salario anual.

Los picadores son suprimidos, los caballeros atacan al toro con una javalina. Montan excelentes caballos andaluces, procedentes de las cuadras de la reina. Lo cual es doble desventaja, pues debe luchar con la cólera del toro y el terror del caballo. Son apadrinados por los jefes de las grandes casas, que dan color al traje; dicho traje es el de los gentileshombres de Felipe IV. Cada padrino se hace representar en la arena por un torero que atrae al otro a la lanza o le aleja cuando está atacando.

Los padrinos, en este caso, eran el Duque de Osuna, el Duque de Alba, el Duque de Medinaceli y el Duque de Abrantes. Los toreros que les representaban eran respectivamente Francisco Montes²⁸, el Chiclanero, Cúchares y Juan Lucas Blanco. Osuna estaba encargado, por un amigo, aficionado a la tauromaquia, de ofrecer a Montes una espada magnífica, forjada en Toledo.

Un poco inverosímil es que el embajador Bresson hubiera tenido la amabilidad de enviar billetes a toda la colonia francesa; pero puede que sí enviara bastantes. Por ello pudo Dumas renunciar al suyo para su huésped el señor Monnier, que por otra parte también formaba parte de la colonia francesa. Dumas fue invitado por Osuna a su balcón uno de los más hermosos de la Plaza Mayor, concesión de Felipe V a un antepasado por un servicio al rey. Los propietarios pueden levantar unas graderías al pie de la ventana y seguir la fiesta por el interior de las habitaciones, sobre la cabeza de Osuna y los suyos.

A las diez fue al palacio de Osuna, hora apropiada para la comida y encontró al caballero, aún malherido por una cornada recibida tres meses antes. Era un muchacho de poco más de veinte años, que por sacar a madre y hermana de la miseria, se había decidido a arriesgar la vida.

²⁸ Montes recibió de Osuna como premio por servir de peón al «caballero en plaza» una petaca de oro con 500 duros en billetes, cuando los duros era una cantidad relevante.

El ahijado apenas comió. Con el traje de tiempos de Felipe IV, llevado de una forma grotesca, estaba pálido y preocupado.

Por primera vez montaba a caballo y jamás utilizó un arma. A las once y media terminaron la comida. Un cuarto de hora antes el muchacho salió, y tras el Duque de Osuna, del que supo Dumas que le había ofrecido por retirarse lo mismo que su pensión; pero el joven quiso cumplir su palabra y recomendó al Duque a su madre y su hermana, si se producía un accidente mortal.

La Plaza Mayor la encontró Dumas inmensa. Estaba preparada para el torreo, echando tierra sobre el pavimento, poniendo barreras alrededor; accesos para los caballos y los toros vivos, y salidas para los caballos y toros muertos, poniendo graderías para los espectadores. Bajo el palco real, cerrando una distancia de sus buenos treinta pasos de largo, que comunicaba con la Sala San Fernando, se colocan unos alabarderos inmóviles, sólo si el toro les embestía presentaban las alabardas y en caso de matarle el animal les era adjudicado.

Delante de ellos los seis alguaciles (en francés alguazil *) de negro, a caballo, quivaban al toro con carreras y vueltas. Una espada a un lado y una fusta en las otras las armas que llevan.

Hasta los tejados se llenan de espectadores.

«...una o dos torretas, se lanzaban dominando la plaza; a cada saliente de estas torretas había suspendido un hombre o un niño. Más de cien mil personas eran vistas o podían ver. Imaginaos las tres filas de balcones de la plaza tapizados de colgaduras rojas o amarillas, las rojas bordeadas de una larga banda de oro, las amarillas bordeadas de una banda de plata. Imaginaos la variedad de colores que constituye el encanto de los vestidos españoles. Imaginaos el movimiento continuo de cien mil personas que tratan de invadir el lugar de sus vecinos; imaginaos los rumores que producen las cien mil voces...» (pág. 101)

A la entrada en el palco de la reina Isabel II y del rey, del Duque y la duquesa de Montpensier, el público se levantó y estalló en aplausos. Las bandas de música comenzaron a tocar.

Los actores de la fiesta saludan al palco real.

El caballo de don Federico, el apadrinado por el Duque Osuna se encabritó y ambos cayeron al suelo. Montado de nuevo le dan una jabalina. Un toro rojo había salido, mira al público, las torretas, su mirada se detiene en los alguaciles * los que embiste, entre las risas, los abucheos y los silbidos de la multitud. Entonces toma por la brida el caballo del pobre Federico y lo deja a cuatro pasos del toro. Federico con bravura azuza su caballo y le hunde la jabalina, y se rompió por la parte de la madera, como tenía que ser. Se oyen aplausos de entendidos que arrastran a los demás. El toro embiste, Federico se salva de la muerte por Montes, que con gran agilidad pasa bajo el cuello del caballo, se

coloca entre su ahijado y el toro, arrastrándole con su capa rosa y lanceándole con ella. El turno de otro caballero acabó con el caballo y su jinete medio ahogado por él, se desvanece. Federico vuelve a clavar la jabalina y Montes a lancear. Y aquí llega el turno de Romero, un joven de unos veinticinco años que, según manifestaba, una calumnia sobre opiniones políticas le habían hecho perder el grado de oficial en la guardia de la reina y al presentarse a torear, hombre valiente, proclamó que se haría matar si en el empeño no lograba reconquistar algo mejor que la plaza perdida.

«Tenía el color pálido, con esta bella palidez mate que hace la belleza de los hombres; el pelo negro, cortado bastante, pequeño bigote negro, dibujaban la boca fina y crispada.» (pág. 105)

Monta el caballo, saluda a la realeza, da dos o tres vueltas, hace cambiar de pie al caballo, habla con el Chiclanero. Después se acerca al toro, para habituar el caballo a la vista y al olor. Dos o tres vueltas alrededor, mientras el toro le mira con aspecto feroz y estúpido. Al fin, se para ante el toro, que embiste; un pie de lanza le hunde entre las paletillas. Al siguiente le clava la espada hasta la guarda. Y así hasta el tercer toro que tira al caballo, se aparta el toro, el caballo se levanta con el jinete, y éste con nueva lanza, se la clava en el corazón.

Mientras la gente pedía otro toro, al ver al toro muerto, las cien mil personas gritó con una sola voz: «¡Bravo, Romero!». La reina habló al oído de uno de sus oficiales, para que Romero dejase de lidiar, con el fin de emplear su valor en otros combates, concediéndole después el favor de besarla la mano. Al mismo tiempo que en el palco rendía su homenaje, Montpensier le ofrecía su espada.

Dumas vio cuarenta y seis toros —dice—, y no presenciaron más que la mitad de los toros lidiados. La imaginación del escritor francés mucho tememos que exagera.

Siete días después, el 21 de octubre de 1846. Terminadas las fiestas, los viajeros comienzan a irse. El duque de Aumala²⁹, sale esta noche, el de Montpensier, mañana.

«Nuestras bellas madrileñas se asustan ante la idea de lo que va a ser Madrid dentro de ocho días.» (pág. 109)

Antes de partir de Madrid va a El Escorial, para ver ese Saint Denis³⁰ de los reyes de España. Como en el coche, con caja amarilla y la parte alta verde,

²⁹ El duque de Aumala era hijo de Luis-Felipe de Francia, como Montpensier.

³⁰ Se refiere a la población de Saint-Denis porque eran enterrados los reyes franceses en esa basílica o catedral gótica, de cuyos enterramientos se conservan los más interesantes.

no cabían ocho personas, se agenciaron otro más: con un cuadrúpedo, cuya delgadez estaba oculta por una profusión de pompones, de cascabeles y de campanillas, aderezo de un caballo español. Extravagante vehículo, soportado por dos ruedas gigantescas, pintadas como las varas de un fuerte vermellón; la caja azul pálido, con follaje de racimos; las flores estaban habitadas por miradas de pájaros en todos los ramilletes, revoloteando y un loro lila, batiendo las alas comiendo una naranja.

«El interior estaba tapizado de una de esas telas Pompadour como no se encuentra ya en Francia [...] solamente la tela, que databa de la creación de ese vehículo insensato, estaba desgarrada, con piezas, arreglada al gusto de su propietario.» (pág. 111).

Todo esto raído, estaba guarnecido de franjas, de galones, como la chaqueta de un malabarista del Imperio.

Con otras aventuras de posada y descrito El Escorial, escribe ya en Toledo, el 23 de octubre de 1846 su vuelta a Madrid y su salida. En Madrid, la colonia francesa les ofreció una cena de cien personas. Estaba allí Strauss³¹, que les preparó una sorpresa. En el postre la orquesta entró, había hecho durante ocho días danzar a reyes y reinas; la velada se prolongó hasta media noche. Estaba, sin consumirlos, perfumado por habanos* fumados durante cinco horas.

«...volveré a Francia con el corazón pleno de reconocimiento por el pasado...» (pág. 128)

Madrid, que abandonará a las cinco le hace confesar:

«...dejo aquí en Madrid doce días, los más hermosos de mi vida [...]. Así pues, adiós a Madrid, la ciudad hospitalaria; adiós a las francas amistades nacidas ayer, y que serán sin duda eternas; adiós a esos ojos de terciopelo que han hecho a Byron infiel a las bellezas inglesas; adiós a esas bonitas manos que manejan el abanico ágil y estridente; adiós a esos pies, de los cuales los más ordinarios calzarían la zapatilla de Cenicienta [...]» (pág. 128)

Cuando fue a despedirse del Duque de Montpensier, anunció a Dumas que había solicitado a Su Majestad la reina que le nombrara comendador de la orden de Carlos III, y al volver a casa, dos horas después encontró la cruz y la placa que le rogaba aceptar como recuerdo suyo.

³¹ Tiene que referirse al primer Johan Strauss (1804-1849), fundador de la dinastía musical.

En Aranjuez, el 25 de octubre de 1846, escribió Dumas su marcha de Madrid:

«A la hora convenida, saludé con el último adiós la casa del señor Monnier, la plaza de Alcalá, la puerta de Toledo, y salimos de Madrid.» (pág. 132)

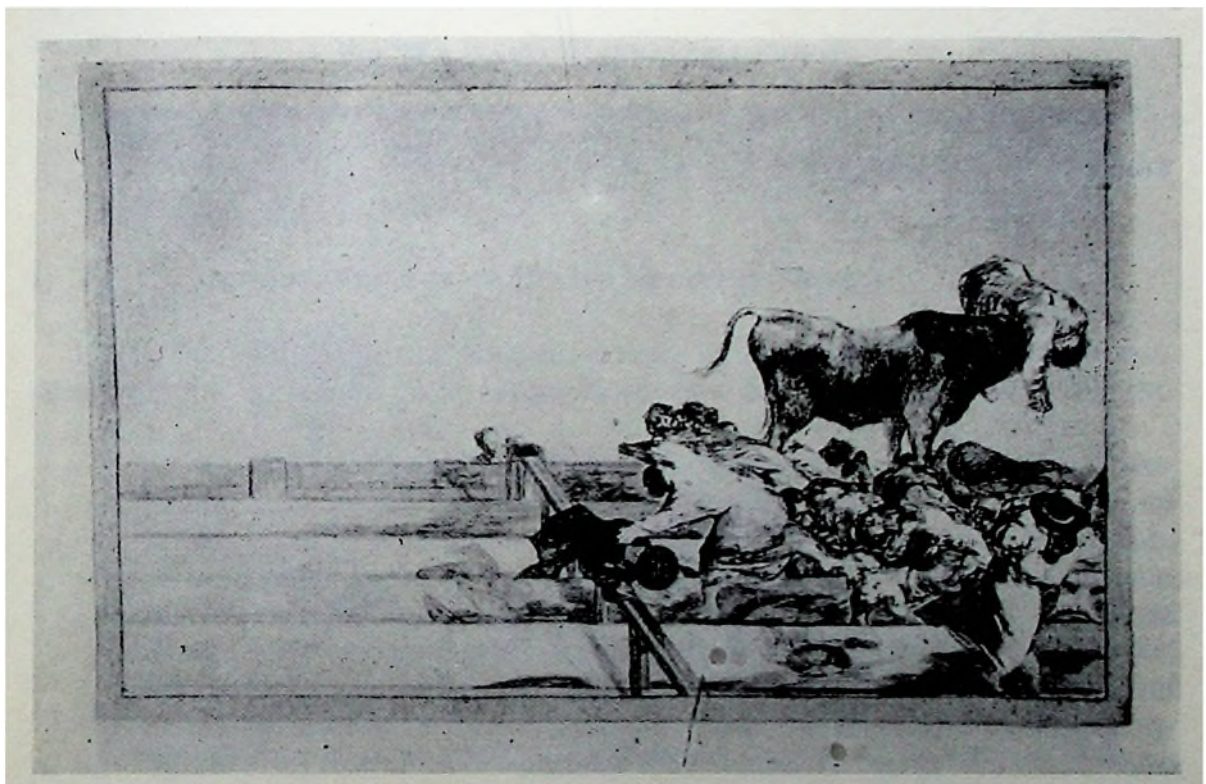
Su nostalgia comenzaba ya.

Hispanismos

De los muchos hispanismos que hemos visto incluidos en la parte referente a Madrid por Dumas en *De París a Cádiz*, la mayor parte no han tenido eco en la lengua francesa: amo (dueño), aparejos, caballero, casa, baños, cuadrilla, chulo (en sentido de torero), divisa, jaleo, ladrón, moño, toro, perro, petaca, plaza, pupilo (existe la palabra «pupile», que deriva del latín, pero en el sentido de niño con un tutor; nunca pasó al sentido de huésped), ratero, rejonador, tomar el olivo (protegerse con la barrera), viva. Otros se venían utilizando, según testimonio escrito: 1555 alguacil, 1611 sombrero, 1722 brasero, 1726 mantille, 1788 picador, 1820 guerilla, 1840 havane, torero y toril, 1843 muleta (de tauromaquia), 1845 banderilleros; es indudable que los del siglo XIX, Dumas contribuyó a asentarlos en su idioma; bastantes son de toros. En fin, tenemos «cachetero» como hispanismo, al que no citan fecha, podemos decir que está registrada en 1846 y tomar como referencia Alejandro Dumas.

Traducción y ensayos

Soy responsable de todas las traducciones y de los resúmenes.
Alejandro Dumas, *De París a Cádiz*. (Viaje por España), lo ha traducido R. Marquina, Calpe, 1929, 4 vol. Y otros precedentemente.
Azorín se refirió a «Dumas en España», en *Lecturas españolas*.



Tauromaquia. Inv. 45670.



Tauromaquia. Inv. 45670.